



Una calle para el Beato Ambrosio de Santibáñez y el Beato Mauro Palazuelos

Le escribo desde Asociación “Enraizados en Cristo y en la Sociedad”. Comenzamos nuestra andadura en 2012 con la misión de trabajar por la consecución del bien común nacional y mundial desde una visión cristiana de la sociedad. Queremos hacer presente la importancia de la fe para conseguir ese bien común, moviendo a la acción a los católicos, los creyentes y a las personas de buena voluntad.

Creemos que los mártires de la persecución religiosa del siglo XX en España son un ejemplo de vida. Es por ello, que le pedimos que dedique una calle en Santander a estos dos beatos:

El capuchino Fray **Ambrosio de Santibáñez** (Alejo Pan López, en la vida civil) nació en 1888 en Santibáñez de la Isla (León). En 1915 fue ordenado sacerdote y un año después fue destinado al convento de Montehano (Catanbria). Después de un tiempo en La Coruña, llega en 1925 a León y se encarga durante un año de la Congregación de Sirvientes de la Divina Pastora. A mediados de 1926 se embarca para la misión de Caroní en Venezuela. Algún tiempo después se vio obligado a salir de la misión y a embarcarse nuevamente para España. A su regreso sus superiores lo destinaron de nuevo a León, de donde se trasladará en 1931 a Santander. En 1933 es nombrado Padre Guardián del convento de Santander, ciudad en la que permanecerá hasta su muerte el 27 de diciembre de 1936.

Durante la espantosa epidemia que asoló a Europa en 1918, causando innumerables víctimas, el Padre Ambrosio se prodigó de manera heroica en el Convento de Montehano para asistir a los moribundos y para consolar a los atacados de la peste, olvidado siempre de sí mismo, no temiendo absolutamente nada el contagio de la terrible epidemia. Como superior obró siempre con gran prudencia. Era caritativo a la vez que enérgico.

En el mes de julio de 1936 se agravó la persecución religiosa. El 14 de noviembre de 1936 fue detenido junto al hombre en cuya casa se cobijaba por su condición de religioso, siendo conducidos a la checa de Manuel Neila, sita en la calle del Carmen, donde fue sometido a un interrogatorio en el cual confesó con valentía su condición de religioso. El 16 fue conducido a la cárcel provincial y de allí al barco-prisión “Alfonso Pérez”, donde permaneció hasta su martirio, acaecido el 27 de diciembre de 1936.

Cuando los milicianos iban matando, uno de los asesinos se fijó en él, y en respuesta de unas palabras irreverentes y groseras del miliciano, Fray Ambrosio, con gran dignidad y calma, respondió “soy sacerdote”, y volviéndose a otro sacerdote que estaba próximo, le pidió la absolución y con serenidad, se volvió de cara a los demás prisioneros y sonriendo trazó sobre ellos la señal de la Santa Cruz, dándoles así la absolución sacramental. Inmediatamente después, algunos disparos de arma de fuego le mataron.

Actualmente sus restos, tras ser exhumados de una fosa común en Ciriago y descansar en la Cripta de la catedral de Santander, descansan en la iglesia de San Antonio de Padua, en la calle Juan de la Cosa de Santander.

El **Padre Mauro** (Abel Ángel Palazuelos Maruri) nació en Peñacastillo (Cantabria) el 26 de octubre de 1903. Muy joven todavía, ingresa en el Convento Benedictino de Valvanera (La Rioja), pasando posteriormente a la Abadía de Samos (Lugo), donde realizó su noviciado. Emitió sus votos temporales en 1920. Años después, el 31 de octubre de 1926, fue ordenado sacerdote como monje de Valvanera. Y finalmente recibió el nombramiento de Prior de El Pueyo en 1934.

“Jamás le vi triste ni preocupado por el martirio, más bien sentía gran alegría al dar la vida por la fe. No lo podía disimular. Qué felicidad, me decía, y que dicha tan grande la nuestra al poder dar la sangre por Cristo”, decía un sacerdote, que, siendo joven, compartió la prisión con los Benedictinos de El Pueyo.

Durante el tiempo de su reclusión, que se prolongó un mes largo, fue animoso y fuerte. En los momentos de la detención, el 22 de junio, tuvo que defender la inocencia de la comunidad ante los anarquistas que, a él como Prior, le pedían información sobre unas “supuestas armas” que ellos creían ocultas en El Pueyo. Ante esta demanda, afirmó que los monjes eran hombres de paz, prometiendo incluso entregar su cabeza si hallaban algún instrumento bélico en el Monasterio. Supo estar en su puesto con extraordinaria dignidad y valentía.

En camino hacia la muerte, el P. Mauro solicitó despedirse de su madre, y el piquete que lo conducía accedió a tal petición pensando que tendría a su progenitora internada en el cercano hospital. Entonces, y para sorpresa de sus verdugos, nuestro protagonista, dirigiendo su mirada hacia El Pueyo, comenzó a cantar la “Salve” y el joven miliciano, no pudiendo soportar semejante osadía, lo mató de varios tiros junto al muro externo del cementerio.

El P. Mauro Palazuelos murió el 28 de agosto, siendo enterrado en el cementerio de Barbastro, a la misma hora en que moría el grueso de la comunidad, en el camino de Berbegal. El 88% del clero de la diócesis del Pueyo fue asesinado en aquellos días.

Desde Enraizados estamos promocionando los homenajes a todos aquellos que murieron en España en el siglo XX por defender su fe, entre los que se encuentran Fray Ambrosio y el P. Mauro. Son un ejemplo por la firmeza de sus ideales y su capacidad de perdón.

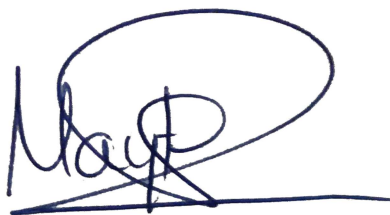
Ambrosio de Santibáñez, por el ejercicio continuo de las virtudes, por la exactitud con que cumplió los deberes para con Dios y para con el prójimo, por su generoso y heroico comportamiento en las prisiones de Santander, y finalmente, por el modo sereno y decidido con que afrontó la muerte, se conquistó la fama y el concepto de santo y mártir ya antes de ser beatificado. Así mismo, Mauro Palazuelos habrá intercedido por su joven ejecutor, pues en todo momento recordó a sus hermanos monjes el precepto evangélico del amor al enemigo, instándoles al perdón para quienes los llevaban a matar. Por estos motivos, solicitamos algún reconocimiento público para ellos, como es ponerle su

nombre a una calle.

Esperando su pronta respuesta, nos despedimos con un cordial saludo,



José Castro Velarde,
Presidente de Enraizados



María Teresa Cortés del Valle,
responsable de Enraizados en Cantabria